

“El 13 del mes en curso, sin que precediera anuncio siniestro, se presentó de repente una columna de humo que no parecía de significación, atendida la magnitud y elegancia de las que ordinariamente hemos observado: esta última se asemejaba al humo de un incendio que hubiera prendido en gran parte de la cordillera, y en lugar de elevarse se desparramaba en todas direcciones.

Momentos después aquello tomó proporciones desmedidas y como un velo pavoroso cubrió todo el horizonte. Los bramidos del volcán se escucharon al mismo tiempo, y ya parecían estampidos de cañón, ya se reducían al ruido de una borrasca. Una tempestad eléctrica se desarrolló al mismo tiempo y formaba con lo primero un concierto horripilante. A medida que este fragor aumentaba, una nube de ceniza se tendía con rapidez asombrosa en todas direcciones, y en tal abundancia que ocultaba la luz del sol. Nunca se había observado entre nosotros el fenómeno de que se cubriera la tierra de tinieblas en pleno mediodía, pero en la tarde del 13 esto aconteció. Aquello parecía un cataclismo completo, poniendo el colmo al espanto una lluvia de piedras calcinadas de gran tamaño, que semejava una fuerte granizada...

Toda aquella región ha quedado en un lago de lava y ceniza, y la montaña llamada del ‘Turuguay’ está batida completamente, debido a la violencia del huracán y a los torrentes de lodo que cayeron sobre ella. El incendio alcanzó muy lejos, sobre todo en los puntos denominados de ‘Sucumbios’ y la ‘Resina’, prolongándose por el curso del río Vado que sirve de cauce a aquellas avenidas ardientes, hasta el punto llamado ‘Las Aradas’. De suerte que desde este punto hasta el cráter del volcán hay una línea no interrumpida de lava y materias volcánicas que todavía arden y causan estragos en las plantas y en los animales que se acercan. Aún no se ha podido recorrer aquel campo de desolación. No se sabe con precisión el número de víctimas humanas; algunos cadáveres se hallaron mutilados y del todo inconocibles. Animales han perecido de 200 a 300.

La tristeza de aquellos habitantes llega a su colmo y con el espanto pintado en el semblante se apresuran a abandonar su suelo, sin acordarse de sus propiedades, que consideran ya como teatro de sus desgracias. Es pues de esperar de la

caridad cristiana algún apoyo para aquellos infelices. Los habitantes de La Cruz, de San Pablo y demás poblaciones cercanas al formidable volcán, no dejamos de temer, y esperamos que los buenos cristianos pidan a Dios porque no seamos víctimas en un mismo día. La Cruz, noviembre 20 de 1899". (Semana Religiosa de Popayán, diciembre 2 de 1899, N° 19)

Más conocidas y cronometradas han sido las erupciones del volcán Galeras o de Pasto (Lat. 1° 10' N. Long. 77° 18' W., altura 4.262 metros), por estar situado cerca de esta ciudad.

Las rocas volcánicas más jóvenes están dentro del gran cráter ovalado 6 X 3 kilómetros, elongado en dirección este-oeste. El cono del volcán que yace dentro del cráter tiene una altura de 150 metros y está hecho de capas de lava, ceniza y material piroclástico. Posee unas grandes troneras laterales por donde respiraba en 1950. Hay una gran abertura en el gran cráter en su parte occidental por donde fluyeron antiguamente ríos de lava.

Cieza de León, hacia 1547, pasó por Nariño en su viaje hacia el sur y dejó estampado este cuadro:

"Más adelante (del río Caliente) está una sierra alta; en su cumbre hay un volcán, del cual algunas veces sale cantidad de humo, y en los tiempos pasados (según dicen los naturales) reventó una vez y echó de sí muy gran cantidad de piedras. Queda este volcán para llegar a la villa de Pasto, yendo de Popayán como vamos, a la mano derecha" (50, p. 113).

El resto de la historia de las erupciones del Galeras se puede describir así:

1580, diciembre 7.—El archivero e historiógrafo José Rafael Sañudo, citado por Forero (67, p. 270), refiere así esta erupción:

"El volcán Galeras con imponente fiereza y por primera vez (claro que se refiere al tiempo que transcurría después de la fundación de Pasto) el 7 de diciembre de 1580, llenó de terror a los descuidados moradores, cuando reventó arrojando gran cantidad de agua hirviendo que quemaba los flancos del monte, y cenizas que derramadas, caían sobre la ciudad.

Empezó a turbar el día con grandes y espantosas avenidas de humo, que subían derecho gran espacio, sin que el viento ni su peso pudiesen desbaratar: y formando una nube más o menos oscura, se esparcieron del alto cayendo con gran furia por todos lados. A veces piedras encendidas se derramaban por las faldas quemando y durando el fuego según su alimento, acompañando todo de bravísimos estruendos".

1616, julio 4.—Treinta y seis años más tarde, volvió a asustar con un bramido "como el de un mar tempestuoso o un torrente desbordado de su lecho" (67, p. 270).

Desde 1670 a 1736 el Galeras "estuvo en continua actividad y tuvo fuertes y frecuentes erupciones" (75, p. 226).

Rodríguez (161, p. 232) menciona las del año 1687 y la ceniza que arrojó en 1710, y la erupción de 1727, que está confirmada por Stuebel (173, p. 56).

1754.—En este "año empezó un nuevo período de erupciones que duró hasta 1756" (75, p. 226).

1796, noviembre.—"El volcán situado en la meseta de Pasto, entre los ríos Guáytara y Juanambú, se enciende y comienza a humear sin interrupción" (95, T. IV, p. 476).

1797, febrero 4.—"Temblor de tierra y destrucción de Riobamba. En la misma mañana, desapareció para siempre la columna de humo del volcán de Pasto, situado a 48 millas geográficas de Riobamba, sin que ninguna conmoción se sintiera en los alrededores del volcán". (95, T. IV, p. 476). (94, p. 360). La columna de humo se levantó durante tres meses sucesivos por encima de la cresta de la montaña y fue visible constantemente a los habitantes de Pasto.

1823, junio 17 y junio 24.—D. Higinio Muñoz describe dos explosiones: "El 17 de junio de 1823 por la noche se verificó la primera, y el 24 la segunda, que arrojó fragmentos de roca candente a una distancia de 2.500 metros del cráter" (67, p. 271).

1828, octubre 24.—Siguieron varios años de actividad, que Muñoz comenta así: "El 24 de octubre del año 1828 se veri-

ficó otra de no menos intensidad, a las que siguieron las del 20, 30, 31 y 36, poco notables" (67, p. 271).

1831, mayo.—En este mes, que coincidió con la visita de Boussingault, "el volcán arrojó rocas incandescentes a gran altura" (75, p. 226).

1832, fines de.— El 22 de octubre de 1832 llegó Posada Gutiérrez a Pasto bajo las órdenes del general José M. Obando a ocupar la ciudad que estaba en manos del general Flórez del Ecuador. El 8 de diciembre de 1832 se celebró el tratado de paz y dice:

"Otra amenaza, aunque de diferente carácter, me hace temer por aquel interesante país... y es el volcán a cuyo pie está situada la ciudad. Nadie piensa en ese peligro, porque el volcán parece apagado, pero una mañana al romper el día las gentes se levantaron asustadas, y el general Obando nos llamó a que viésemos un fenómeno singular e imponente. Era que los techos de las casas, las calles y los campos, a grandes distancias, estaban cubiertos de ceniza blanca, expulsada por el volcán sin ruido, ni sacudimientos, ni nada que hubiese anunciado el fenómeno. A poco rato una violenta tempestad se descargó, retumbando el trueno y revoloteando el rayo sobre nuestras cabezas y una lluvia abundante disolvió la ceniza. También esto se ha visto preceder o seguir a todas las erupciones volcánicas, lo que aumentó nuestros temores, pues prueba que el volcán no está apagado" (130 A, p. 437).

1865, octubre 2.—A las 3:30 p.m. de este año y fecha, el Galeras cobró nueva actividad, con una erupción "muy intensa, que como otras muchas que se han observado en 1866, 1867, 1868, hasta la última de 9 de julio de este año (1869), en los primeros instantes de su aparecimiento causó en la generalidad de los ánimos una impresión sublime y terrífica, que pocos momentos después se tornó en grandiosamente bella, ya sea por el lindo, esbelto y colosal conjunto que formaban el vapor y las cenizas, o ya por los hermosos, encrespados y nevados rizos que se formaban y atropellaban unos con otros obedeciendo al nuevo impulso de descargas sucesivas" (67, p. 304). La altura de la columna eruptiva sobre el nivel del cráter la calculó D. Higinio Muñoz trigonométricamente en 5.642 metros.

En los años de 1887 y 1891 continuaron los paroxismos del volcán con llamaradas, que fueron vistas a gran distancia.

1923, diciembre 8.—El volcán arrojó ceniza (161, p. 232).

1924, octubre.—Después de una serie de temblores que empezaron el 14 de diciembre de 1923, precedidos de bramidos subterráneos, comenzó a observarse por el mes de octubre que de la cumbre del Galeras salía una columna de humo, que algunos confundían con una simple nube.

“Pronto, con todo, la fijeza del lugar de salida, la vertiginosa velocidad y lo negro y espeso de la columna sacó de dudas a todos. Siguió en esta forma hasta el 2 de julio de 1925” (4, p. 20).

1924, diciembre 19.—El Galeras amaneció despejado y limpio de nubes hasta las 9:30 a.m. y “durante todo ese tiempo se elevaba de un cráter una columna de humo cuya altura se apreciaba a medio kilómetro” (67, p. 305). Por estos días cayó bastante ceniza sobre Consacá y Bomboná.

1925, febrero 15.—A las 2:30 p.m. arrojó “enormes bocanadas de humo con estruendos alarmantes que sintieron en Sandoná” (67, p. 305).

Esta fue la época de las erupciones más espectaculares del Galeras. La prensa local (Diario del Sur, p. 433) escribía:

“Como a las 3 p. m. del día 15 del presente mes (de febrero), se dejaron sentir fuertes bramidos en el volcán Galeras, que a la sazón arrojaba densos nubarrones de humo y ceniza, los que iban envolviendo la población y sus cercanías hasta dejarla casi completamente a oscuras” (67, p. 306).

1925, mayo 9.—Se observó una columna de humo negro, que contrastaba con la blancura de la niebla, y después siguió durante ese año una serie de humaredas y de erupciones.

1925, julio 1 —Fue espectacular la humareda de este día a las 7:58 p.m. (67, p. 306), y la de los días 4 de agosto, septiembre 4 y 13, octubre, 1, 3, 27 y 30.

1925, noviembre 22.—“El 22 de noviembre a las 2 a.m. tuvo lugar la tercera erupción. A fin de año reventó, a las 9 p.m., el 31 de diciembre. Las nubes, que coronaban la cumbre del monte, impedían la vista del volcán; pero el estruendo y el acre olor a azufre anunciaban algo extraordinario. Al día siguiente, la ciudad y sus alrededores, en un radio de 40 km., aparecieron regados de ceniza” (4 p. 20).

1926, mayo.—Siguió la actividad en forma de humo y estampidos como la del 26. En abril fueron notables las erupciones del 3, 9 y 15. En julio la del 10; en agosto la del 22. En septiembre la del 17; en octubre la del 28 y en noviembre la del 14.

1927.—Prosiguió el Galeras despidiendo humo y ceniza durante el primer semestre hasta el año.

1930, abril 17.—Fecha en que volvió a mugir el monstruo y así continuó por los años 1931, 1932, 1933 (67, p. 345) (161, p. 232).

1936, agosto 27.—“Estaba yo pasando vacaciones de fin de año con otros compañeros en una finca que tiene el colegio de San Francisco Javier en la población de Chachagüí, muy cercana a Pasto.

Un día salía de mi cuarto, a las ocho de la mañana, a uno de los corredores que da hacia el volcán, cuando empecé a percibir un ruido sordo, subterráneo, bastante profundo, semejante al de un motor que funcionara a gran distancia. Extrañado miré hacia todos los lados hasta que logré localizarlo en la cumbre del volcán. En ese preciso momento estalló su boca como estalla la de una botella de champaña al ser destapada.

Con velocidad increíble se fue formando una columna de humo y ceniza. Se elevó muchísimo y luego se retorció como el tronco de un viejo árbol. A gran altura se abanicó y formó así el árbol completo. La copa del árbol siguió explayándose por todo el firmamento hasta cubrirlo en su totalidad. La ceniza llegó hasta las ciudades de Popayán y Quito.

No sentí ningún estremecimiento de la tierra. Hacia el lado

de Consacá caía la lava y rodaban piedras incandescentes. Por la noche la cima del volcán aparecía iluminada como si se tratara de una inmensa fogata..." (carta particular).

Juan C. Salazar S. J.

Otro testigo ocular del mismo fenómeno, el padre Juan Manuel Pacheco, comenta:

"Agosto 27, jueves. Estando en el desayuno nos llamaron a que fuéramos a ver el volcán... Vimos al Galeras en una de sus más bellas erupciones. La ceniza y el humo se levantaban en numerosos giros hacia lo alto y todo tomaba la forma de un gigantesco árbol de varios kilómetros de altura. Pocos espectáculos podrán superarlo. El color era ceniza y hacía un ruido semejante al de un motor lejano. Duró un cuarto de hora".

1950.—Según Rodríguez (161, p. 232) nuevas actividades volcánicas desplegó el Galeras de febrero a septiembre de este año, sin que haya vuelto a dar muestras notables de erupciones, fuera de las fumarolas ordinarias y que examinó a principios de 1960 en las troneras del montículo-cráter, que se levanta sobre la caldera del volcán y que se puede apreciar en la adjunta fotografía.

En el Sur, el Azufral (Lat. $1^{\circ} 05' N$. Long. $77^{\circ} 41' W$., 4.070 metros) tiene un extenso cráter en su cono truncado, cuyo fondo está cubierto en el agua de la bella Laguna Verde. Sus erupciones son desconocidas. Es conocido más que todo por sus fumarolas y solfataras. Grandes capas de tufas dacíticas rodean el volcán. Un poco más al Sur del Azufral se levanta el Cumbal (Lat. $0^{\circ} 59' N$. Long. $77^{\circ} 53' W$.) cubierto de nieve; ostenta varios cráteres con bastante actividad de fumarolas y tiene una altura de 4.790 metros. Está caracterizado por algunos cráteres secundarios, por sus antiguos ríos de lava y grietas radiales y sus ricas minas de azufre. Ha tenido algunas erupciones de lava ardiente. Sigue el Chiles (Lat. $0^{\circ} 54' N$. Long. $77^{\circ} 53' W$., 4.470 metros) en la frontera con el Ecuador, con su monte de nieve y hielo, y con una gran caldera sin señales de actividad en su parte inferior.

El último volcán de Colombia es el Cerro de Mayasquer

(Lat. $0^{\circ} 48' N$. $77^{\circ} 57' W$.) que no alcanza a la nieve perpetua, 4.470 metros y su cráter se inclina hacia el Chiles, en la parte occidental. Estos dos últimos volcanes están unidos por una meseta a manera de silla llamada de Las Cruces. El Cerro Negro de Mayasquer, es un cono truncado estratificado, compuesto de capas de lava y material piroclástico arrojado por un único cráter central.

Existen pues en Colombia unos 30 volcanes, de los cuales 11 son más o menos activos; de ellos, 7 tienen su historia de erupciones y 4 están en estado de fumarolas. Son ellos, con la clasificación de la Asociación Internacional de Volcanología (14, p. X):

1	O	Mesa Nevada de Herveo	15.1-1
2	o	Ruiz	15.1-2
3	o	Tolima	15.1-3
4	O	Machín	15.1-4
5	O	Huila	15.1-5
6	o	Puracé	15.1-6
7	o	Doña Juana	15.1-7
8	o	Galeras	15.1-8
9	O	Azufral	15.1-9
10	o	Cumbal	15.1-10
11	o	Cerro Negro Mayasquer	15.1-11

o Volcanes con magma o erupciones freáticas conocidas.

O Volcanes en estado fumarólico.